

Capítulo 9

El surgimiento del islam según la Biblia

([índice](#))

Apocalipsis 9:1-4: El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra. Y se le dio la llave del pozo del abismo. Abrió el pozo del abismo, y del pozo subió humo como humo de un gran horno, y el sol y el aire se oscurecieron por el humo del pozo. Del humo salieron langostas sobre la tierra, y se les dio poder, como el poder que tienen los escorpiones de la tierra. Se les mandó que no dañaran la hierba de la tierra, ni cosa verde alguna ni ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuvieran el sello de Dios en sus frentes.

Aparece aquí una nueva religión que incluye algunas enseñanzas positivas, por ser “una estrella que cayó del cielo a la tierra”, pero que está mezclada con “humo” procedente del “pozo del abismo”. El evangelio es como la luz del sol para el mundo, pero ese nuevo poder oscurece el sol del evangelio y contamina el aire espiritual que el mundo necesita.

El islam comenzó condenando el mal de la idolatría, práctica común en la iglesia cristiana apóstata. Hasta ahí estaba en lo correcto. Jamás debemos inclinarnos ante los ídolos. Hay un solo Dios, y nadie excepto él debe ser adorado. Solamente despreciando palmariamente la enseñanza bíblica pudieron los teólogos de la Edad Media justificar la adoración idolátrica. Pero las enseñanzas del islam —que fue un azote necesario para la iglesia apóstata— trajeron “humo” al mundo. El rechazo al evangelio en su pureza y en la claridad en que lo presenta el Nuevo Testamento preparó el camino para la oscuridad del “humo del pozo”.

El “**pozo del abismo**” significa en griego un lugar desolado y desértico: un símbolo adecuado para representar el desierto de Arabia de donde procedieron los invasores árabes musulmanes en número comparable al de una plaga de langostas.

“**Abismo**” se escribe *ábusos* en griego. Los modernos hombres de letras musulmanes emplean esa misma palabra para referirse a la sociedad árabe de la que surgió el poder del islam.

Arabia: el oscuro abismo

En aquella era de ignorancia había un territorio en el que las tinieblas eran densas y pesadas. Arabia estaba aislada por vastos océanos de arena. Los comerciantes árabes recorrían grandes distancias sin la posibilidad de adquirir un gramo de conocimiento en sus viajes. En su propio país no disponían de una sola institución educativa o biblioteca. No parecía haber nadie interesado en cultivar y avanzar en el conocimiento. Cuán saturadas estaban sus mentes de supersticiones, cuán primitivos y rudos eran sus pensamientos y costumbres, y cuán toscas y degradadas eran sus normas y concepciones morales. No había otra ley que no fuera la ley de la selva. El saqueo, los incendios provocados y la matanza de inocentes y de la gente humilde estaban a la orden del día. Cualquier incidente trivial era motivo suficiente para que estallara una guerra atroz. Sus nociones sobre la moral, la cultura y la civilización se caracterizaban por la rudeza y la sinrazón. Adoraban a piedras, árboles, ídolos, estrellas y espíritus. Es decir, cualquier cosa excepto a Dios.

A partir de ese “**abismo**” surgió el azote del cristianismo. El rey Cosroes II de Persia (550-628 de nuestra era) recibió cierto día la carta de un ignoto ciudadano de la Meca, invitándole a reconocer

a Mahoma como al profeta de Dios. El rey rompió la carta con desprecio. Poco podía imaginar que pronto caería sin remedio y su reino sería destruido, y que aquel extraño profeta de la Meca iba a dominar el mundo.

Algunos califican la caída de Cosroes como siendo “[la llave del pozo del abismo](#)”, ya que Mahoma no habría podido alcanzar el poder político y militar sin que el reino de Persia cayera primero. Entonces “[se les dio poder](#)” a los sarracenos, quienes se multiplicaron exponencialmente hasta llegar a ser como las langostas en número. Un escritor cuyo pensamiento no estaba en Apocalipsis dijo de esos seguidores de Mahoma: “Los osmanlíes [turcos del imperio otomano] pululaban en todas direcciones como las langostas. No pasaron desapercibidos para ninguna población hasta llegar a las mismas murallas de Constantinopla”. En sus guerras infligían un tormento cruel, comparable al de la picadura del escorpión.

Cuando Mahoma murió lo sucedió Abu Bakr as-Siddiq (570-634 de nuestra era), quien movilizó a las tribus árabes a la conquista. Les instruyó respecto a las convicciones religiosas de los pueblos que observaban fielmente la ley de Dios. Solamente debían atacar a quienes adoraban a ídolos. Esa vislumbre de la historia revela cuál fue el espíritu temprano del islam. Hasta hoy conservan una cierta consideración hacia quienes reverencian realmente la Palabra de Dios. Abu Bakr ordeno a sus soldados:

“Que vuestra victoria no se vea manchada por la sangre de mujeres y niños. No destruyáis las palmeras ni queméis campos de cereal. No cortéis los frutales ni hagáis daño alguno al ganado, excepto por lo que necesitéis para comer ... Encontraréis a algunas personas religiosas que viven retiradas en monasterios con el propósito de servir a Dios de ese modo. A esos dejadlos en paz; nos los matéis ni destruyáis sus monasterios. Encontraréis a otro tipo de personas

que pertenecen a la sinagoga de Satanás y que llevan la coronilla afeitada. Aseguraos de cortarles la cabeza y no les deis cuartel hasta que se hagan mahometanos, o bien paguen tributo”.

¿Quiénes eran aquellos que llevaban el sello de Dios en sus frentes, a los que Abu Bakr ordenó respetar? A lo largo de toda la historia han existido fieles observadores del verdadero sábado del Señor, que ha sido siempre un distintivo de identidad con Dios (ver capítulo 7). Había fieles como ellos en los días de Mahoma y Abu Bakr. ¡Se diría que una autoridad superior a la de Abu Bakr velaba por la protección de su pueblo! Tenemos aquí un ejemplo de ese incienso de misericordia que era ofrecido durante aquel período oscuro de las trompetas.

Pero las guerras de atrición y conquista que seguirían iban a ser ciertamente terribles. Juan intenta ahora describir las escenas bélicas protagonizadas por los sarracenos, quienes empleaban armas de fuego y pólvora en un tiempo en el que nadie más sabía de esa invención.

Apocalipsis 9:5-11: Pero no se les permitió que los mataran, sino que los atormentaran cinco meses; y su tormento era como el tormento del escorpión cuando hiere al hombre. En aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos. El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro, sus caras eran como caras humanas, tenían cabello como cabello de mujer y sus dientes eran como de leones; tenían corazas como corazas de hierro y el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla; tenían colas como de escorpiones, y también agujijones, y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco

meses. Sobre ellos tienen como rey al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión.

Esa descripción puede parecernos hoy irreal, pero para los ciudadanos acostumbrados a la “seguridad” del Imperio romano de oriente, las hordas de sarracenos en misión de conquista tenían una apariencia muy similar a la descrita. Los pobladores del imperio vivían bajo la sombra constante del azote islámico a modo de plaga de langostas expandiéndose sin control.

Los árabes hacían un uso intensivo de los caballos en sus guerras de conquista. Las “coronas” pueden ser una alusión al turbante, que era una prenda distintiva en la vestimenta de los árabes. Sus soldados tenían largas cabelleras.

Aquí tenemos una prueba de la exactitud de la profecía, y del cumplimiento de los “cinco meses”. En la profecía bíblica, un día simboliza un año (ver notas en el capítulo segundo). El mes bíblico se compone de treinta días (ver Génesis 7:11; 8:4 y 7:24; ver también los 42 meses de Apocalipsis 11:2 y los 1260 días de Apocalipsis 11:3 y 12:6). Así, “cinco meses” de tiempo profético equivalen a ciento cincuenta años.

A los musulmanes sarracenos se les dio “poder para dañar” (atormentar) durante esos 150 años al civilizado Imperio romano de oriente, pero no se les permitió que lo “mataran”; es decir, no lo habrían de conquistar. Los ciento cincuenta años habrían de comenzar desde el tiempo en que tuvieran “un rey”. El libro de Proverbios habla de “las langostas, que no tienen rey, pero salen todas por cuadrillas” (Proverbios 30:27). Pero las “langostas” que representan a los invasores musulmanes estaban altamente organizadas en su obra destructiva por disponer de un dirigente cuyas órdenes obedecían.

Durante siglos tras la muerte de Mahoma, sus seguidores habían estado divididos en diversos grupos y facciones sin un rey o gobierno central. Pero hacia finales del siglo XIII Otomán fundó un gobierno organizado que se conoce como el Imperio otomano. Al “ángel del abismo” se le llama ángel en el sentido del lenguaje griego: ‘mensajero’ o ‘ministro’. El sultán se convirtió en el primer ministro de la religión musulmana. El nombre hebreo “Abadón” y el griego “Apolión” significan ‘el que destruye’. Tal fue siempre el carácter de los gobernantes otomanos.

Estudiosos devotos de la Biblia investigaron hace más de 150 años el cumplimiento de esa profecía en la historia, y encontraron que el primer “rey” otomano de los musulmanes atacó por primera vez (ocasionando “tormento” al mundo civilizado del Imperio romano de oriente) el año 1299 de nuestra era. Dieron por buena la fecha de Edward Gibbon: el 27 de julio de ese año.

¿Atormentaron los turcos otomanos al Imperio romano de oriente durante 150 años? La historia nos informa de que mantuvieron una guerra casi constante de acoso y tormento desde el año 1299 hasta el 1449: exactamente 150 años. Eso, sin llegar nunca a dominarlos completamente. Posteriormente tendría lugar un gran cambio.

Los emperadores del Imperio romano de oriente se habían vuelto cada vez más débiles y corruptos, hasta que vino a resultar claro para todos que pronto acabarían perdiendo su independencia. Cuando el emperador Juan murió el 31 de octubre de 1448, sus hermanos pidieron humildemente el consentimiento del sultán turco Murad II para elegir al hermano mayor y coronarlo como el nuevo emperador en enero de 1449. Inclinandose de esa forma ante el sultán de Turquía, reconocieron que su independencia había llegado a su fin. Recuerda este importante detalle.

Apocalipsis 9:12-15: El primer ay pasó; pero vienen aún dos ayes después de esto. El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, la cual decía al sexto ángel que tenía la trompeta: “¡Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates!” Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar la tercera parte de los hombres.

El “primer ay” fue el surgimiento del poder musulmán. El segundo “ay” es el triunfo de ese poder. Significó darle el tiro de gracia al último vestigio del Imperio romano, y a partir de entonces aterrorizar a Europa por siglos. El “tercer ay” será la temible ira desatada de las naciones, a la que pondrá fin el juicio e ira de Dios, que significará el final de la historia de este mundo (ver Apocalipsis 11:18).

El año 1449 de nuestra era, el “sexto ángel” desató la restricción que hasta entonces había impedido a los musulmanes conquistar realmente el rico y poderoso Imperio romano de oriente. Los “cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates” se pueden referir a las cuatro provincias separadas de Alepo, Iconio, Damasco y Bagdad. El camino quedaba expedito, los obstáculos retirados para que el sultán pudiera entrar exitosamente en guerra contra Europa.

Constantinopla sucumbió ante la armada turca el año 1453. Pero observa esto: en 1449, cuando llegaron a su fin los “cinco meses” proféticos —150 años literales—, la independencia del Imperio de Europa decayó, no por la fuerza de las armas, sino porque el emperador depuso su independencia humilde y voluntariamente ante Turquía. Dijo: “No puedo reinar a menos que usted dé su

permiso”. Es un punto para recordar, en vista de lo que más adelante consideraremos.

¿Por cuánto tiempo seguiría el Imperio otomano musulmán gobernando con independencia? El texto dice que sería por el periodo de una “hora, día, mes y año”. De acuerdo con el original griego se trata de un período lineal:

- Un “año” de 360 días equivale a 360 años.
- Un “mes” de 30 días son 30 años.
- Una “hora”, la 24ª parte de un día, son 15 días literales.
- Sumando lo anterior se obtienen 391 años y 15 días.

¿Cuándo comenzaría ese período de 391 años y 15 días? Claramente, al final de los 150 años, momento en el cual los musulmanes cesarían de “atormentar” al Imperio de oriente y procederían a conquistarlo. Los estudiosos de la Biblia sumaron los 150 años a la fecha dada por el historiador Gibbon —el 27 de julio de 1299—, lo que llevaba al 27 de julio del año 1449. Luego le añadieron los 391 años literales, lo que llevó al 27 de julio del año 1840. A eso le sumaron los quince días literales, lo que llevaba al 11 de agosto de 1840.

¿Perdió ese día su independencia el sultán de Turquía al someterse humilde y voluntariamente a los gobernadores de Europa, de igual forma en que el emperador romano de oriente la había perdido ante el sultán en 1499?

Los estudiosos de la profecía bíblica predijeron valientemente en 1838 que el sultán de Turquía perdería su independencia en agosto de 1840. Eso significó poner públicamente a prueba el principio día-año de interpretación profética.

Si se cumplía esa profecía, significaría también que el libro de Apocalipsis trataba de algo mucho más importante que el simple surgimiento y caída del Imperio musulmán. Apocalipsis es la llave que Dios pone en nuestras manos a fin de desvelar el misterio de su juicio en nuestro moderno mundo rebelde. Allí donde el lector descuidado no ve en el libro de Apocalipsis más que yermos desérticos carentes de significado, encontramos riquezas ocultas de importancia capital para el pueblo de Dios.

Enseguida veremos cuál es el testimonio de la historia relativa a esa fecha del 11 de agosto de 1840.

Veamos primeramente de forma breve cómo describe Juan el modo en que los ejércitos turcos musulmanes aterrorizaron en el pasado a los europeos por siglos. A Juan le intriga lo relativo al uso de la pólvora, y podría estar aludiendo a la pérdida masiva de vidas que ese invento propiciaría:

Apocalipsis 9:16-19: Y el número de los ejércitos de los jinetes era de doscientos millones. Yo oí su número. Así vi en visión los caballos y sus jinetes, que tenían corazas de fuego, zafiro y azufre. Las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones, y de sus bocas salía fuego, humo y azufre. Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres: por el fuego, el humo y el azufre que salía de sus bocas, pues el poder de los caballos estaba en sus bocas y en sus colas, porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas y con ellas dañan.

Esa descripción es altamente figurativa, simbólica. Juan explica lo que vio en el mejor lenguaje que tenía a su disposición en el tiempo en que vivía. Por entonces no se conocía nada parecido a la pólvora o las armas de fuego.

Nunca ha existido un ejército compuesto de doscientos millones de jinetes. Esa es una expresión griega para indicar una cantidad ingente, o bien se podría referir a la suma de todos los soldados y sus vehículos en todos los ejércitos del Imperio otomano durante los cuatro siglos en que ostentó el poder. Dado que los versículos 15 y 16 forman una unidad, ese parece ser el significado más factible. Figurativamente representa un número ingente de hordas.

Es por ese tiempo cuando la historia registra por primera vez el empleo de la pólvora. A los ojos de Juan, la visión de los fieros guerreros musulmanes disparando sus fusiles debía parecerle “el fuego, el humo y el azufre que salía” de las bocas de los caballos sobre los que montaban.

Hasta el año 1453 los muros de Constantinopla habían resistido los ataques de numerosos ejércitos, lo que había permitido la supervivencia del imperio. Pero ahora los turcos otomanos emplearon la recién inventada pólvora en sus cañones para demoler los que hasta entonces habían sido muros inexpugnables. De esa forma fue arrasada la última defensa del orgulloso Imperio romano. La antigua civilización milenaria yacía ahora en ruinas.

Pero finalmente en 1840 el egoísmo y la corrupción habían paralizado al antes orgulloso Imperio musulmán. En 1838 hubo una guerra entre los sultanes de Turquía y Egipto, en la que venció este último. En 1840 intervinieron cuatro naciones europeas poderosas por temor a que Egipto pudiera tomar el trono del sultán. Angustiado, el sultán depuso voluntariamente su independencia, poniéndola en manos de aquellas cuatro naciones europeas, quienes manejarían los asuntos a partir de entonces. Envío un embajador al gobernador de Egipto con un mensaje de parte de las cuatro naciones según el cual el mando quedaba en las manos de ellas.

¿En qué fecha sucedió eso? El 11 de agosto de 1840 llegó aquel mensajero a Alejandría, y ese mismo día entregó el mensaje al gobernador de Egipto.

Ese día el sultán depuso humildemente su independencia de igual forma en que el Imperio romano oriental había entregado la suya al sultán Murad II en 1449. El que había sido un vasto Imperio (otomano) está hoy fragmentado en los estados balcánicos. Desde aquel día la Turquía musulmana ha venido existiendo solamente por deferencia y bajo el apoyo de las naciones europeas.

Cuando se conoció el hecho, multitudes de estudiosos de la Biblia se convencieron de la validez del principio día-año de interpretación de la profecía bíblica. Aquello que parecía historia poco relevante vino a proveer la prueba más convincente de que los libros de Daniel y Apocalipsis fueron inspirados por Dios, y de que presentan un mensaje de importancia vital a todos los habitantes de la tierra en nuestros días. Ese evento en apariencia insignificante fue la clave para desbloquear el libro de Apocalipsis.

Investigadores y estudiosos modernos pueden diferir en los detalles precisos de la cronología exacta que marcó el comienzo y final de ese período de 391 años. El hecho sorprendente es que los eventos principales de la larga historia de los otomanos hayan sido predichos con esa exactitud. Tal como vimos en Daniel, la respuesta de la historia es como la media parte de la piedra partida en dos, que encaja perfectamente con la otra parte (la profecía). En la década de 1840 muchos incrédulos se convirtieron al presenciar el cumplimiento de esa profecía que confirmaba la validez del principio día-año, y la fe de un incontable número de creyentes ha venido siendo fortalecida desde entonces por lo mismo. Sin duda el Señor dirigió aquellos eventos predichos proféticamente.

Apocalipsis 9:20-21: Los demás hombres, los que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos ni dejaron de adorar a los demonios y a las imágenes de oro, plata, bronce, piedra y madera, las cuales no pueden ver ni oír ni andar. No se arrepintieron de sus homicidios, de sus hechicerías, de su fornicación ni de sus robos.

Aunque se permitió que las hordas musulmanas camparan sin control afligiendo al mundo cristiano apóstata, eso no lo llevó a aprender la lección del arrepentimiento. La historia de Europa durante el tiempo de las siete trompetas es un registro casi ininterrumpido de vanidad, arrogancia, orgullo y crueldad. Vemos que Dios permite que al mundo le sobrevengan “[ayes](#)” a fin de que los pecadores recapaciten y puedan responder a la invitación del evangelio. Un ay sigue al otro, pero los habitantes del mundo siguen amando su pecado. ¿Los llevará el tercer ay al arrepentimiento? Para cuando llegue ese tiempo ¿será demasiado tarde por siempre para arrepentirse!